

Frida Kahlo y sus primeros amigos

René Avilés Fabila

Por razones de edad, conocí a pocas de las figuras mayores de la cultura mexicana. En literatura alcancé a conversar, gracias a mi padre, con José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Martín Luis Guzmán, José Revueltas y Agustín Yáñez. En el campo de las artes plásticas no fui más afortunado, me acerqué a Siqueiros, en ese momento el único sobreviviente de los llamados tres grandes de la pintura mexicana, lo entrevisté para un programa televisivo en su casa-estudio de Polanco, en Cuernavaca y en el Polyforum cuando terminaba su mural *La marcha de la humanidad...*

En mi casa había biblioteca, mi madre era fervorosa lectora. Muy pronto me aficioné a la literatura. En aquellos anaqueles estaban varios libros de Miguel N. Lira, mamá lo apreciaba y leí *Donde crecen los tepozanes* y *La escondida*. Me pareció un escritor maravilloso. Más adelante, comenzaron los viajes a Tlaxcala, una muy pequeña ciudad capital, que era fácil recorrer a pie y mucho más conversar con sus principales figuras. Lo hacíamos, mi madre y yo, acompañando a un maestro de primaria y digno político local, Lino Santacruz Morales, alguien que le dedicó su vida a la CTM, al PRI y a su estado sin ninguna recompensa. El sistema trajo a esta entidad a figuras que apenas la conocían como Antonio Álvarez Lima, y Lino Santacruz no pudo siquiera ser diputado federal pese a su eterna lealtad a Fidel Velázquez y a la CTM, que, cuando visité por primera vez Tlaxcala, a eso de los nueve años de edad, apenas figuraba, trataba de crecer e igualar a la entonces orgullosa CROM con los recursos del mismísimo Lino Santacruz, a quien alguna vez Vicente Leñero, en un reportaje, señaló como ¡cacique cetemista!

Recuerdo que durante nuestros paseos por el estado, le pedí a Lino que me llevara a conocer a Miguel N. Lira. Nunca lo hizo e ignoro las razones, tampoco

me interesan. Con el tiempo, al escribir un texto para Bellas Artes, “Vieja grandeza mexicana”, cité al novelista tlaxcalteca y eso me puso en contacto con Rubén García Badillo, sacerdote católico que conserva sus archivos y protege su memoria. A su vez, García Badillo me hizo conocer a Rocío Velázquez Llorente, a cuya decidida acción se debe el Museo Miguel N. Lira.

Las cartas enviadas por Frida a toda clase de amigos, familiares o personas admiradas, a diferencia de las que recibió, son textos importantes, proporcionan datos y gracias a ellos es posible reconstruir no sólo su vida e intimidades sino parte de la época que la envolvió. Están escritas con gracia, talento, agudeza, son ingeniosas, las marca el lenguaje coloquial; con frecuencia recurría a los dibujos. Raquel Tibol ve en su correspondencia textos literarios, incluso habla de una Frida escritora y por ello le solicitó el prólogo de *Escrituras de Frida Kahlo* al literato Antonio Alatorre. Sí, la pintora escribe con desenfado, a veces utiliza el inglés de modo fragmentario para conseguir una suerte de divertido *espanglish*; en otras redacta en inglés aceptable. Con rigor, son cartas y recados literarios que reconstruyen una vida trágica, dura, compleja y que no dan lugar a la cursilería o a la frase hecha. Padeciendo los peores dolores, Frida hace gala de ingenio y sentido del humor. No hay en su prosa lugar para los sentimentalismos baratos, para las quejas ramplonas, es una luchadora, una mujer guerrera.

A su vez, Miguel N. Lira (1905-1961) fue uno de los grandes escritores de su época. Sin duda su aislamiento voluntario lo puso lejos del alcance de los reflectores que otros menos destacados tuvieron. Escribió prosa narrativa, poesía, teatro e hizo periodismo. Tuvo fama de ser un excelente tipógrafo y de ello dejó pruebas irrefutables. Su correspondencia, la que yo conozco por *Epistolario*, está dirigida principalmente a sus pares, a escritores. Con Alfonso Reyes, figura central de nuestras letras, fue abundante. Hasta donde sé, todavía quedan cartas de Lira sin ser publicadas. Valdría la pena hacer una edición de sus obras completas y, naturalmente, incluir su abundante correspondencia.

Los Cachuchas fueron un grupo que hizo historia en momentos en que las figuras intelectuales y políticas aparecían con frecuencia. Eran otros tiempos y la mediocridad no se apoltronaba en el país. México era sacudido por los grandes revolucionarios, intelectuales como los del Ateneo de la Juventud preparaban el surgimiento de una cultura especial, con sentido de grandeza y un agudo nacionalismo que no rechazaba, si pensamos en Julio Torri y Alfonso Reyes, las grandes figuras y tendencias de Europa y Estados Unidos. Fueron, pues, momentos de enorme creatividad. José Vasconcelos construía la Secretaría de Educación Pública y Rivera, Siqueiros y Orozco agredían la modorra de una plástica europeizante en los muros de los principales edificios públicos. Nuevas ideas, nuevas manifestaciones estéticas aparecían. Junto al grupo Contemporáneos, se daban otros con ideas diferentes y en ocasiones opuestas como el de los Estridentistas. Era un México memorable.

Alejandro Gómez Arias nació en 1906, en Oaxaca. Él mismo lo recuerda en un libro interesante, *Memoria personal de un país*, conversado y dictado al investigador Víctor Díaz Arciniega. Es un libro memorioso que vale la pena leer, es la narración de un buen trozo de la historia nacional relatada en función de los conocimientos y la vida de un testigo distinguido: Gómez Arias. Un hombre ligado al poder a través de sus mejores funcionarios y políticos, sus causas más dignas y a los mejores artistas e intelectuales. Su fama le viene directamente de un triunfo y un fracaso: el primero es la autonomía universitaria, el segundo la terrible frustración de José Vasconcelos al no conquistar la presidencia de la República y el trauma que aquello produjo en figuras destacadas como por ejemplo María Antonieta Rivas Mercado o en la experiencia que le dio a Adolfo López Mateos para alcanzar el mismo cargo que en vano anheló Vasconcelos.

Alejandro Gómez Arias fue un orador y comentarista en diarios y revistas de política nacional. Una voz sensata y respetada, hoy acaso un tanto olvidada. Es él quien mejor narró el surgimiento de Los Cachuchas en la Escuela Preparatoria de San Ildefonso.

Mis pasos por la Preparatoria --cuenta Gómez Arias-- no parecían muy promisorios. Se me señaló como un alumno rebelde e inconforme, lo cual me creó un prestigio un poco contradictorio. Mi imagen física --mi complexión, mis ropas y mis modales-- parecían no corresponder entre sí. Esta contradicción se acentuó en cuanto se me identificó con el grupo Los Cachuchas, cuya subversividad (sic) tenía cierta cercanía con la protesta y la inconformidad.

La historia del grupo ya la han contado algunos de sus miembros, como Manuel González Ramírez en su libro Recuerdos de un preparatoriano de siempre. No pretendo refutar su memoria ni añadir una nueva versión. Sólo quiero recordar algo más sencillo y, quizás, anecdótico. El nombre de Los Cachuchas provenía del hecho de que en vez de sombreros usábamos cachucha. Así de simple, aunque así de subversivo, pues la costumbre de vestir con sombrero o “carrete”, según la temporada del año, era muy rígida, aun para los preparatorianos.

Las cachuchas nos las proporcionaba José Gómez Robleda, quien entre otras de sus cualidades era sastre. Él las cosía y nos las regalaba a Miguel N. Lira, a Agustín Lira, a Ernestina Marín, a Frida Kahlo, a Carmen Jaime, a Alfonso Villa, a Jesús Ríos Ibáñez y Valle, a Manuel González Ramírez y a mí.

Los relatos de Manuel González Ramírez y los de Alejandro Gómez Arias sumados nos dan una clara idea del cariño y la solidaridad que todos sus integrantes tuvieron entre sí. Sin duda, en la memoria de Frida Kahlo permanecieron siempre esos personajes, todavía adolescentes, que supieron crecer y hacer grandes obras. La correspondencia de esta excepcional mujer con Miguel N. Lira y Alejandro Gómez Arias indica un mayor afecto, un acercamiento más profundo. Pero lo asombroso es que aquella niña audaz y provocadora, delicada y dulce transgresora que fue Frida, iría mucho más lejos que todos los demás Cachuchas. Incluso que su gran amor, Diego Rivera, el que por momentos se ve superado por el prestigio inmenso y ahora universal de Frida. No era fácil imaginar que el mundo entero padecería fridomanía y que

entonces Frida se mostraría con toda su grandeza dejando muy empequeñecidos a sus compañeros de escuela, a sus familiares y a todos los artistas del país. Recuerdo cuando comenzaba la pasión por Frida, era 1970 y yo llegaba por vez primera a Nueva York, allí, en el Museo de Arte Moderno, estaban destacados algunos de sus cuadros, los que yo había visto una y otra vez en libros, tarjetas postales y en exhibiciones. Frida aún tenía detractores y críticos. Ahora prevalece la admiración y una exagerada valoración por todo lo suyo, sus pertenencias, sus cuadros, su ropa, los guisos que le gustaban, los objetos que la rodeaban, sus amigos, pero lo extraño es que su ejemplo político, su comunismo, su marxismo-leninismo, es poco valorado, apenas comentado en un mundo que se globaliza al amparo del capitalismo salvaje, el modelo anglosajón que jamás conseguirá eliminar las contradicciones y que seguirá siendo, lo que Frida combatió: una fábrica de un puñado de multimillonarios y de miserables por millones. Poco he visto sobre su marxismo, su larga adhesión al comunismo, ideología que Frida abraza merced a la relación con Tina Modotti y no por influencia de Diego Rivera, como algunos suponen. De su admiración por Lenin y Stalin queda poco, en todo caso se guarda como algo anecdótico junto a su tendencia al folklore mexicano, entonces indigno de figurar en Palacio Nacional o en una fiesta de Las Lomas. Tampoco se ha dicho mucho de sus relaciones íntimas con el creador del Ejército Rojo, León Trotsky, archienemigo de Stalin, en una época cercano a la pareja Diego y Frida, asesinado en Coyoacán. La Frida, que hemos visto en estos días, está alejada de algo que la consumía internamente, la militancia comunista, como a Diego y a Siqueiros.

En sus últimos años, incapacitada para moverse, la Kahlo escribe y pinta, reclama respuestas y lanza quejas de sus dolores físicos y espirituales. No hay más consuelo para ella que la pintura y, desde luego, su panzón, el sapo-rana, su gran amor, su más intensa pasión, Diego Rivera, incapaz de ser fiel más que a sí mismo. Las cartas de Frida han aparecido en libros y las han puesto en museos y exposiciones; a través de su correspondencia nos hemos enterado de sus

sufrimientos y tormentos, de sus amores y amoríos con grandes figuras, hombres y mujeres, que poco o ningún consuelo le proporcionaban para mitigar los alejamientos y las traiciones de Rivera.

Raquel Tibol ha escrito libros y comentado muchas de las cartas de Frida. No deja de llamar la atención que ahora todas o la mayoría lleven pies de página, indicaciones y explicaciones sobre los personajes a quienes estaban dirigidas. La memoria histórica se tambalea, nuestro país tiene en tal sentido una famosa fragilidad. El lenguaje desparpajado y natural, produce una certeza: no esperaba que su correspondencia fuera a parar a museos y casas de coleccionistas, era la forma que ella tenía para mantenerse viva y rodeada de sus amigos y de sus fantasmas preferidos. Alguna vez, mi querida amiga (a pesar de la diferencia de edades) Machila Armida me mostró algunas cartitas y recados de Frida. Más aún, recuerdo que la Casa Azul, en la recámara de Frida, su eterno lecho de dolor, hay una leyenda que dice “Esta es la casa de María Félix y Machila Armida”. Ignoro qué ocurrió con aquella correspondencia con Machila, del mismo modo que ignoro dónde están las cartas de amor que el enorme escritor cubano, Alejo Carpentier le dedicó a la hermosa Machila. La última de ella, por cierto, me tocó llevarla de México a París y entregársela en mano al novelista. Me dijeron que la hija de Machila las vendió a la editorial Siglo XXI y que en esta empresa esperan el momento oportuno para darlas a conocer.

Miguel N. Lira, ya recluso en Tlaxcala, escribió libros magníficos. También redactó muchas cartas. Hay un libro, *Epistolario*, de Jeanine Gaucher-Morales y Alfredo Morales que recoge un buen número de ellas. Podemos darnos cuenta de quiénes eran sus amigos y a quiénes se dirigía el novelista tlaxcalteca. Las hay dirigidas a Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Rafael Solana, Nicolás Guillén, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Francisco Monterde, Jaime Sabines, Juan Rulfo, Antonio Acevedo Escobedo, Agustín Yáñez, a políticos y a periodistas. La obra, explican los compiladores, permite la lectura de muchas de sus misivas, pero no es la totalidad. Hablamos de miles de cartas que el hombre

de letras organizó cuidadosamente antes de morir. Al parecer, aquel voluntario enclaustramiento era roto por Miguel N. Lira mandando y recibiendo correos. Sin embargo, sea por descuido de los compiladores o por que no eran tantas las que le mandó a una Frida entonces no tan afamada y sí muy polémica, una mujer de modesto prestigio, todavía muy atrás de la fama de sus contemporáneos, hay sólo un puñado. Amigo y biógrafo de la generación, Manuel González Ramírez le escribe a Lira en junio de 1954: “Mucho he admirado tu arrojo de abandonar la ciudad capital para ir al descanso de tu triste pero bella ciudad.” Es una suerte de lamento por la reclusión de un hombre de letras que opta por dejar la ciudad que podía hacerlo célebre e inolvidable.

Decía yo que Frida tuvo una vocación inicial por la literatura, le gustaba hermanarse con los movimientos más avanzados de aquellos tiempos, con los estridentistas, por ejemplo. Un movimiento inspirado por el dadaísmo y el futurismo; sus principales exponentes eran audaces y consiguieron ser revolucionarios hasta el fin de sus días. Citemos a Manuel Maples Arce, Germán List Arzubide y Arqueles Vela.

Raquel Tibol habla de la abundante correspondencia de Frida como una forma de moverse, darle rienda suelta a su inquietud, a sus deseos de ir y venir, de volar, de hablar con sus amigos, de tratar a sus pares, de amar. Hayden Herrera, en su excelente obra *Frida, una biografía de Frida Kahlo*, dio a conocer cientos de sus cartas. Raquel Tibol completa esta tarea con el libro ya citado. Destacan en esos trabajos las cartas de Frida a su pasión juvenil: Alejandro Gómez Arias.

En *Epistolario* de Miguel N. Lira, el número de menciones a Frida es apenas de cinco. Imagino o supongo que deben ser muchas más las cartas intercambiadas por ambos personajes, pero hasta hoy poco se han ocupado por esta amistad, quizá distante en lo físico, pero cercana en lo espiritual. Frida vivió el gran mundo pasionalmente, viajó y trató a seres poco comunes. Miguel N. Lira, en cambio, se refugió en un pequeño estado que le daba un aislamiento casi total. Es tiempo de reparar el error. Frida se ha convertido en cita obligada en todo el

planeta, pero Lira no es una figura insignificante, fue un literato de enorme profundidad, poeta, dramaturgo y novelista, muchas de sus obras fueron llevadas con éxito a la cinematografía. Tal vez también fue político: sabemos que aspiró a ser gobernador y que recibió el apoyo de un gran fracasado en política, José Vasconcelos; al no conseguir el cargo, optó por las letras, para fortuna de los lectores.

En las cartas de Francisco Orozco Muñoz a Miguel N. Lira hay un peculiar saludo, en 1923, para “la Srta, Frida” y una nota de pie de página: “Se refiere a Frida Kahlo (1910-1954) quien llegaría a ser pintora”.

Enseguida, en otra misiva, el mismo personaje le reitera los saludos a “su amiguita Frieda”, con “afecto y respeto”. En otra más, Orozco Muñoz envía saludos a “su camarada Frida”. Esta insistencia sólo puede darnos la idea de que ambos, Lira y Kahlo, eran sumamente unidos y que en esos momentos era él quien destacaba en la relación amistosa, fraternal. Asimismo puede notarse que no anticipaban el rotundo éxito de la artista plástica y militante comunista.

En 1927, Frida se dirige a Miguel N. Lira en términos gozosos: le dice hermanito y le notifica que ya casi concluyó el retrato que del escritor está pintando. Se despide de la siguiente forma: “No te imaginas de veras cómo sufro con esto (su problema del “espinazo”); bueno no hay más remedio que aguantarme, ¿no crees? Saludos de tu hermana. Frieducha.”

No hay mucho más. En la página 201, aparece una respuesta de Miguel N. Lira a Manuel González Ramírez, fechada en Tlaxcala el 14 de julio de 1954, que transcribo:

Mi querido Manuel:

Con la impresión todavía de la muerte de Frieda --tú sabes como se me revuelven esas emociones-- y después de oír tu voz haciendo más viva la angustia de su pérdida, te pongo estas líneas reveladoras de nuestro mutuo pésame y de nuestra propia aflicción. Tú sabes lo que ella significó en nuestra vida y cómo la consideramos la hermana insustituible.

¡Qué poco sería el Alcance de junio para recordar su ausencia! Hazlo. Pídele a Cristina algunas cosas de ella, fotografías, algo escrito... Yo sé decirte que tengo un dibujito que puede reproducirse a tricromía en el número de junio. Ojalá y te echaras a cuestras la tarea de conseguir opiniones de varios escritores amigos, que hablaran sobre Frida, para dedicar la mayor parte de las páginas del Huytlale de junio a ella. Recuerda cómo hice el número 9 de Fábula dedicado a Alfonso Reyes. Una cosa similar se podría hacer ahora. Pero para eso necesito de ti, porque tú puedes recoger con los amigos esas opiniones vertidas en seis u ocho líneas, para que así se publiquen las más. En fin, dime si puedes arreglar todo esto y con quiénes, para que yo a mi vez pueda decirles esas opiniones a otros amigos por carta, lo más urgente posible.

El Alcance total, queda pues encomendado a ti. La imagen del número 5 de junio será la ilustración que yo poseo, y las páginas a ver si las conseguimos entre tú y yo. Escríbeme pronto. Ahora que ya nos falta una de las palomas de nuestro antiguo palomar, es necesario que hagamos presente, para que perdure nuestra amistad.

Un abrazo para todos y mi apremio para que me digas lo que piensas sobre esto.

Las cartas de Frida a Miguel N. Lira, como a otros amigos de juventud, son intensas, apremiantes, la artista no desea desligarse de aquellos que la acompañaron en una época feliz. Es verdad que el dolor y las dificultades, las luchas políticas, el amor y el desamor afectaban su escritura y desde luego se reflejaban en su pintura siempre dolida, dramática, pero, insisto, el tono desenfadado, ligero, de buen humor, su tono coloquial, es único e irrepetible. A Adelina Zendejas, una maestra de digno historial, a quien mucho quise, amiga cercana de Tina Modotti, olvidada como tantos otros, que dedicó su vida a la educación y al periodismo, a la militancia comunista, recibió un “recado” de Frida: “Si se te quita lo cobarde y miedosa escápate y ven al anfiteatro; el Genio Panzudo está retocando el mural y ha prometido explicarnos el tema y decirnos

quiénes fueron sus modelos pa los monotes. Tu cuata. Frida Pata de Palo de Coyoacán de los coyotes.”

En una carta de pésame a Gómez Arias por la muerte de su padre, Frida escribe con corrección y reverencia, invoca a Dios. Es el 15 de diciembre de 1922 y posiblemente Alejandro todavía sea su gran amor. No cabe duda que en esa primera etapa de la correspondencia entre Frida y su primera pasión, destaca la sinceridad de ella. Gómez Arias establecería cierta indiferencia y más adelante pondría con desgano en el citado libro *Memoria personal de un país* (1990, cuarenta años después de la muerte de Frida, ya en pleno ascenso como figura universal): “Entre Frida y yo había una intimidad; de aquí la existencia de las cartas que me enviaba... Éramos amantes jóvenes, que no tenían los propósitos ni el proyecto que da el noviazgo, como casarse y esas cosas.” Pareciera a distancia que el amor-pasión provenía de la pintora y que él asumía la relación como un juego adolescente, para luego, como suele suceder, contraer un típico matrimonio, tedioso y convencional, como el de Miguel N. Lira.

Tengo la impresión que las cartas de Frida en pocos casos encontraban el afecto, el cariño, seguramente el amor que ella solía dar a raudales. Ni Alejandro Gómez Arias ni Miguel N. Lira respondían con ardor, tal vez porque sus respectivos temperamentos eran menos ostentosos, pasionales, con los excesos limados.

Cuando le escribía a Gómez Arias, Frida enviaba siempre recuerdos cariñosos a Chong Lee, que era el sobrenombre de Miguel N. Lira. En el libro *Escrituras de Frida Kahlo*, Raquel Tibol incluye cartas que prueban el cariño por su amigo novelista y dramaturgo.

Una de las primeras misivas de la pintora a Miguel N. Lira es un texto que nos anticipa que al fin recibió una “tarjetita”. Ella le entrega sentimientos y confesiones, solicitudes y recuerdos y, a cambio, recibe unas pocas palabras de carácter formal, con desgano. En alguna parte le ruega: “Escríbeme más largo, cuéntame qué haces en Tlaxcala que según la tarjeta es muy bonita. Amelia me

ha preguntado tu dirección y muchos muchachos, pero ni yo la sabía pues no habías escrito.” Termina Frida enviándole “besitos” y asimismo los de un “gatito” y un “perrito”. Añade un dibujo suyo.

En la siguiente, Frida insiste en que Miguel le escriba y le cuente cosas.

Pareciera que es el tono del resto del tiempo, antes de que Frida se vincule a Diego Rivera y comience su larga carrera hacia el éxito. Ya con Diego, la vida es demasiado tormentosa como para dedicarse a los recuerdos y pedir información de sus amigos más entrañables. La correspondencia se hace menos frecuente, pero sus camaradas, Los Cachuchas no desaparecerán de su vida. Pese a todo.

El 5 de diciembre de 1925, Frida le escribe de nueva cuenta a Alejandro Gómez Arias unas líneas que se antojan reveladoras y que hacen notar la soledad y la tristeza de una mujer que está en una depresión o que al menos se siente sola, muy sola e incomprendida:

Alex: ayer fui a México sola a dar una vuelta; lo primero que hice fui ir a tu casa (no sé si estaría mal hecho o bien hecho), pero fui porque sinceramente tenía ganas de verte. Fui a las 10 y no estabas, te esperé hasta la una y cuarto en las bibliotecas, en la tienda, volví a las cuatro a tu casa y tampoco estabas; no sé a dónde estarías. Qué ¿sigue enfermo tu tío?

Todo el día anduve con Agustina Reyna; según me dijo, no quiere andar mucho conmigo porque tú le dijiste que era igual o peor que yo, y eso es un gran desprestigio para ella, en lo que creo tiene razón, pues me voy dando cuenta de que “el señor Olmedo” estaba en la verdad al decir que no valgo ni un ‘centavo’, es decir, para todos los que algún día se llamaron mis amigos, porque, para mí naturalmente, valgo mucho más que un centavo, porque me quiero tal como soy.

Ella dice que en varias ocasiones tú le has dicho algunas de las cosas que te he contado yo, detalles que yo nunca le dije a la Reyna porque no hay ninguna razón para que ella las supiera y no me explico con qué fin se las contaste tú. El caso es que ya nadie quiere ser mi amigo porque estoy demasiado

desprestigiada, cosa que no puedo remediar. Tendré que ser amiga de los que me quieran así como soy...

Lira (se refiere, entiendo, a Agustín, no a Miguel) me levantó el falso de que le había dado un beso y si sigo enumerando llenaría hojas enteras; naturalmente todo esto a mí me llamó al principio la atención, pero después empezó a no importarme nada (justamente eso fue lo malo), ¿sabes?

De todos, Alex, lo hubiera recibido sin ninguna importancia, porque es lo que hacen todos, ¿comprendes?, pero nunca se me ha de olvidar que tú, al que he querido como a mí misma o más, me tuvieras en el concepto de una Nahui Olín o peor que ella misma, que es un ejemplo de todas ellas. Todas las veces que me has dicho que no quieres hablarme ya, lo has hecho como para quitarte un peso de encima. Y tuviste el valor, Alex, de insultarme, diciendo que había hecho ciertas cosas con otro el día que lo hice por primera vez en mi vida porque te quería como a nadie.

Soy una mentirosa porque nadie me cree, ni tú siquiera, y así poco a poco y sin sentirlo, entre todos la van echando a uno al demonio. Bueno, Alex, yo quisiera decirte todo, todo, porque yo sí creo en ti, pero hay la desgracia de que tú no creerás en mí nunca.

El martes voy probablemente a México, si quieres verme estoy a las 11 en la puerta de la biblioteca de la Secretaría de Educación Pública. Te espero hasta la una.

Tuya, Frieda.

Por supuesto, añadido yo, Alejandro jamás llegó. Ello significa pensar sin remedio que Frida tenía dificultades para encontrar el amor y la amistad. Frida siguió escribiéndole a Miguel N. Lira y al mismo Alejandro Gómez Arias. Más aún, los pintó como prueba de su devoción, de sus mejores y más bellos recuerdos juveniles. La última carta a su adorado Alex está fechada en 1946 y en ella Frida se concentra en sus dolores atroces. El intercambio continuó, pero ya la vida de Frida había tomado otro curso, el que la haría ser la más famosa de todos

los mexicanos, la que hoy vemos en los museos del mundo y cuya correspondencia con sus antiguos amigos, Los Cachuchas, los mantiene vivos en un mundo complejo y de mala memoria. El propio Gómez Arias poco se ocupa de Frida en sus memorias dictadas, hay más espacio para otras personalidades, y eso que la celeberrima Madonna lo visita para proponerle un filme sobre la vida de la pintora, proyecto que acabó en manos de Salma Hayek. Hacia el final del libro de recuerdos, Alejandro justifica de manera poco contundente su alejamiento de Frida, no habla de desamor pero indudablemente allí está la razón de la separación, no en la familia pretenciosa de Gómez Arias que ponía distancia con la “plebeya” de Coyoacán. Yo, francamente, le hubiera dedicado un libro o capítulos enteros, tal como lo he hecho con Machila Armida o con Elena Garro, cuyas presencias en mi vida fueron significativas. Frida, junto con Eva Perón, por razones propias y muy distintas, es multicitada y admirada. Posiblemente la prensa internacional se ocupa tanto de ella como del revolucionario Ernesto Guevara, quienes de haberse conocido, se hubieran entendido maravillosamente: ambos eran fieles militantes del marxismo-leninismo.

¿Qué ocurrió entre Los Cachuchas? No gran cosa. Frida nunca creció o conservó mucho de su esencia infantil, la fantasía, el buen humor, los deseos de tener aventuras. Los demás fatalmente cayeron en la aterradora manía de madurar, “sentar cabeza”, como dicen los padres poco afectos a la imaginación. Ésta es la diferencia. Recuerdo haber visto una vez a Alejandro Gómez Arias: pomposo, formal, serio, digamos maduro. La historia nos muestra, en cambio, a una Frida alegre, juguetona. Frida, de todos ellos, fue comunista y esto marca también modos de vida, sobre todo en aquellos años dramáticos primero de ascenso del fascismo, las pugnas de Stalin con Trotsky, la Guerra Civil de España, los años de guerra mundial, luego el triunfo sobre el eje Berlín, Roma, Tokio, la Guerra Fría. Kahlo, en suma, era anticonvencional, distinta al resto de sus compañeros y sin duda de los mexicanos. En lo sucesivo, ya como eterno

amor de Diego, a pesar de las deslealtades de ambos, sus letras irán a personajes de talla descomunal: multimillonarios como Rockefeller y Ford, intelectuales y artistas como Breton, Carlos Pellicer y Carlos Chávez, estrellas cinematográficas como Dolores del Río... Sin embargo, pese a su grandeza y a la forma dramática en que superó a todos, jamás pudo sustraerse al recuerdo de sus años de militancia en la pandilla de Los Cachuchas. Diego Rivera, el genial monstruo de la pintura mexicana, estaba a su lado cuando murió, pero es seguro que asimismo la rodeaban sus amigos de andanzas iniciales.